

sobre todo, de los plácemes de la oposición que había felicitado á aquel por su honradez suma, dejó arrastrarse por su debilidad habitual, declarando que no podía aceptar tales elogios y que había cambiado de opinion. El ministerio pidió que fuese desechada inmediatamente la proposición.

Ante tamaña debilidad y violencia, Chatham no pudo contener su indignacion y dijo:

«Desechad ese bill, no por eso dejará de hallar eco en el público, en la nación, en las más apartadas soledades de América. Cualesquiera que sean sus defectos, será por lo menos un testimonio del celo que he desplegado para conjurar una tormenta que amenaza desencadenarse contra mi país. No me admiro de que hombres que aborrezcan la libertad, detesten á los que la amen; nó me maravilla que gentes sin virtud detesten á los que la tienen. Toda vuestra política ha sido una serie nunca interrumpida de actos de debilidad y temeridad, de despotismo y servilismo, de incapacidad y corrupcion. Os reconozco sin embargo el mérito de atender cuidadosamente á vuestro interés personal. Bajo ese punto de vista, ¿á quién puede sorprenderle vuestra resistencia á cualquiera medida que pueda haceros descender del puesto que ocupais y reducirós á la humilde condicion para la cual os destinaron Dios y la naturaleza?»

La elocuencia de Chatham solo consiguió debilitar algun tanto la mayoría. El bill en favor de la conciliación fué desechado por 64 votos contra 32 que obtuvo Chatham.

Sin embargo la opinion estaba sobreexcitada; y á fin de tranquilizarla, lord North propuso tomar medidas violentas con el propósito de aterrorizar á los norteamericanos. Se trataba á Massachusetts como si se hallara en plena rebelion; se dificultaban las pesquerías norteamericanas para someter por el hambre á la Nueva Inglaterra, respondiendo de esa suerte con la ley del talion á las actas de la no importacion; se trataba de franquear á los salvajes las fronteras de las colonias, y aun se pensaba en promover una insurreccion de esclavos. En el fondo, entrañaba todo eso un vago presentimiento de una guerra inminente, y lord North, huyendo el cuerpo á las iras de la Gran Bretaña, hacia sondear á Franklin por medio del almirante lord Howe que debía luego tomar el mando supremo de América. De todos modos el ministro arbitraba recur-

¹ Bancroft, *Amer. Rev.*, tom. IV, pág. 271.

sos para una conciliacion ¹. Pero era demasiado tarde. Al lord North, que no era cruel ni vengativo, comenzaba á preocuparle su excesiva condescendencia con el rey y algunos de sus colegas. Veia en lontananza la guerra, la guerra civil, y si bien abrigaba la confianza de humillar en definitiva á los norteamericanos, una guerra civil era de todos modos una crisis deplorable, que regocijaria á los enemigos de Inglaterra.

Lord North presentó á la Cámara de los Comunes una proposición que fué aprobada en 27 de febrero ², en virtud de la cual cuando una colonia ³ fijara una subvencion para ocurrir á los gastos de la defensa comun, subvencion que debería ser proporcional á la importancia de la colonia, la cual seria recaudada sin autorizacion especial de la asamblea y puesta á disposicion del Parlamento, cuando además esa colonia tuviera fondos suficientes para atender á sus necesidades civiles y administrativas, en ese caso, y siendo la proposicion aprobada por S. M. y las dos Cámaras del Parlamento, el gobierno inglés se abstendria de recaudar tributos en aquella colonia, salvos los derechos que fijaba el acta de comercio, derechos que, por lo demás redundaban en beneficio de la provincia.

Esa proposicion que se llamó el *ramo de olivo* de lord North, tenia su anverso y reverso; era una concesion de hecho á las colonias, y una reserva de derecho al Parlamento. Y la concesion de hecho era mas aparente que real, como quiera que en su virtud las colonias tenian derecho á votar sus impuestos por la gracia y voluntad del Parlamento.

Lord North pretendia no ceder nada; y con harta razon. «Si los norteamericanos, dijo, no aspiran mas que á votar sus impuestos, aceptarán nuestra proposicion; mas si en ellos caben otras intenciones, criminales en todo caso, la negativa de aquellos hará pública su mala fé.»

Añadió además, y ese era todo el secreto de su política, que no abrigaba la confianza de que fuese admitida en todas partes aquella proposicion, pero que era un recurso por lo menos para conseguir dividir las fuerzas de los norteamericanos. Aunque aceptara la proposicion una sola provincia, quedaban rotos los lazos de aquella confederacion que constituia toda la fuerza de América. Esa razon especiosa hizo votar la ley. Los talentos limitados no comprenden

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 32.

² Burke, *Works*, tom. I, pág. 454.

³ Es decir, la Asamblea de acuerdo con el consejo y el gobernador.

que los paliativos y sus mezquinas intrigas acaban por hacerlos desvanecer tarde ó temprano. La política de lord North era una astucia que no es capaz de engañar al menos avisado; la de Chatham era todo franqueza y nobleza. Aquella era un recurso; esotra una solución.

Al propio tiempo, para encauzar la opinión, el ministerio encargó un folleto á Samuel Johnson. Ese personaje es una de las mas originales figuras del siglo décimo octavo. Miserable durante su infancia, obligado por la miseria á escribir *Rasselas*, y reunir dinero para enterrar á su madre, acabó en su vejez por conseguir no una posición desahogada, pero sí un abrigo. De ese abrigo participaban los pobres á quienes él quería mucho; de ahí que su casa fuera un verdadero nido de cojos, ciegos y toda suerte de lisiados. Gustaban todos de su compañía por su conversación y originalidad; era tory fanático, partidario de lo tradicional, decidido campeón del rey, de la Iglesia y de la aristocracia; elocuente, enfático y aficionado á las paradojas. Su diccionario le habia dado gran celebridad; sus definiciones le habian metido mas de una vez en pleitos y procesos. Entre otras definiciones podemos citar la de la palabra *Pension* que segun él significa: *Sueldo dado á un valenton político para hacer traición á su país.*

En sus sesenta años de edad, aceptó esa posición de escritor y de *valenton* ministerial, y publicó un folleto intitulado: *Taxation no Tyranny*, que entusiasmó á todos los enemigos de América, porque era violento é insolente, en cuyo caso, el vulgo suele confundir la brutalidad con el talento.

Véase en lo que á continuación sigue el tono de cinismo que tomó Johnson, tanto mas odioso cuanto es mas fuerte la posición del que lo emplea.

«¿Nos amenazan las gentes de Boston con abandonar la ciudad y desterrarse en los desiertos?—Tanto mejor, aquellos héroes harán lugar á hombres mas cuerdos que ellos.—Se quejan de que se les quiere trasportar á esotra lado de los mares para juzgarlos.—Que se estén quietos.—¿Se les ha condenado sin oírlos?—¿Y á qué los procedimientos? Con lo que se ha visto hay bastante.»

«Si la obstinacion continúa sin hostilidad, añadía Johnson, acaso se logrará ablandarla, instalando soldados en el domicilio de los habitantes, prohibiendo á éstos, por supuesto, los denuestos é injurias contra aquellos. Así se podrá dar libertad á los esclavos, acto que no pueden menos de aplaudir aquellos amantes de la li-

bertad. Dad á los negros fusiles para su defensa, utensilios para su menaje y una forma sencillísima de gobierno, y serán mas agradecidos y hombres de bien que sus amos.»

Por último, habia en el folleto esta cláusula significativa: «Los colonos, segun ellos, nunca fueron gravados con impuestos en los primeros tiempos; ¿qué prueba eso? Al becerro no le hacemos arar desde luego, aguardamos que sea buey.»—Esa cláusula fué suprimida; «los ministros no la han aceptado, decía Johnson; como críticos la han encontrado demasiado chocarrera, como políticos algo mordaz.»

Los ministros no eran sin embargo escrupulosos, puesto que dejaron pasar las amenazas siguientes:

«Los norteamericanos se vanaglorian de multiplicarse con la misma fecundidad de las serpientes de cascabel; doble motivo para que los que se conceptúen ser sus amos dobleguen la inflexibilidad de aquellos, antes de que envejezca. Cuando de aquí á un siglo y medio, ó poco menos, América esté mas poblada que Europa, habrá ya llegado la ocasion de temblar los príncipes de la tierra en sus palacios.»

Puédese juzgar de la nobleza de estilo del doctor por un pasaje suyo que nos ha dado á conocer su biógrafo Boswell.

«Puedo, decía Johnson, amar á todos los hombres, excepcion hecha de los norteamericanos.» A propósito de lo cual, prorumpia exclamando; «Bribones, ladrones, piratas, quisiera quemaros á todos.» Miss Seward, mirándole con asombro, le dijo con tanta dulzura como entereza: «Esto, caballero, es una prueba de que no perdonamos vuestras ofensas á aquellos á quienes nosotros hemos ofendido.» Esa hábil é irónica respuesta nos atrajo un deshecho diluvio de maldiciones, cuyo estampido pudo haber estremecido las opuestas orillas del Atlántico.»

En esos momentos Franklin abandonó el suelo de Inglaterra. Personas juiciosas, entre ellos Hutchinson, deseaban retenerle consigo. Decíase empero que era hombre peligroso y pérfido, y se le permitió salir. Se embarcó, pues, sin la esperanza de volver á ver los felices y deseados tiempos, en que un amor maternal y filial respectivamente unieran á Inglaterra con América.

En 22 de marzo de 1775, su amigo Burke hizo una última tentativa en favor de la paz, y habló de conciliación. Burke no tenia el génio

¹ Bancroft, Amer. Rev., tom. IV, pág. 259.

ni la influencia de lord Chatham, mas no le era inferior acaso en elocuencia. Su proyecto mucho mas tímido y menos satisfactorio declaraba en términos generales que estaba muy puesto en razon revocar ciertas leyes recientes y dejar á las asambleas coloniales ileso su derecho á votar los impuestos.

Y aunque para remover obstáculos, Burke no hacia mencion de las mas trascendentales reformas que se proponian en el proyecto de lord Chatham, su lenguaje no era por eso menos intencionado. Burke queria la paz, pero una paz franca y sincera, y la pedia con fervor y patriotismo. No habia en su lenguaje esa energía y énfasis de Chatham; pero revelaba una grandeza moral imponente. Burke es un filósofo; Chatham un político. Por eso aquel ha envejecido menos que ese último.

«Propongo simplemente la paz, dijo Burke; no una paz consecuencia de la guerra, ó producto de complicadas é interminables negociaciones, ó parto de la discordia universal fomentada á propósito en todo el imperio; no una paz que dependa del modo de ver de ciertas cuestiones abstrusas ó de un criterio que se empeñe en determinar las atribuciones dudosas de un gobierno complicado; sino la paz pura y simplemente, la paz fruto de un espíritu de pacificación y asentada en principios pacíficos. Propongo sencillamente remover la causa de la discordia, restablecer la antigua confianza de las colonias hácia la metrópoli, dar á la nacion garantías sólidas de tranquilidad, y, lejos de gobernar por medio de la discordia, reconciliar á la vez á entrambos partidos, y unirlos con el lazo de un interés comun.

» Esa es mi idea; nada mas propongo. La política escesivamente sutil ha engendrado en todos los países confusion, y la engendrará siempre mientras dure el mundo. No es débil la política de un gobierno que se ofrece á sus subordinados franco y leal en su política. No hay ningun inconveniente en que los gobernados echen de ver desde luego la sinceridad de sus gobernantes, como quiera que á la postre se echan de ver tambien las hipócritas intenciones de estos últimos, cuando han tomado medidas menos decorosas ó dictadas por el dolo. La sencillez y la franqueza son un principio de cohesion y union.

» Un plan tan sencillo contrariará indudablemente á alguno de los que me escuchan. Nada hay en él que pueda ser halagüeño y que satisfaga la impaciencia de los oídos curiosos. Nada nuevo contiene, nada que seduzca. Nada del esplendor de esotro proyecto que

os ha presentado el noble lord de la cinta azul¹. No hay en el mio esa magnífica adjudicacion financiera en que provincias cautivas vienen á rescatarse, encareciendo cada una el valor de su vecina, hasta que vosotros determinéis su precio relativamente proporcional, que todas las inteligencias algebráicas no podrian precisar.

» Mi plan no tiene otro objeto que la conciliacion y la paz.»

Después de una brillante pintura del espíritu de libertad que anima á los norteamericanos, hijos de la libre Inglaterra², Burke censuraba vivamente el proyecto de lord North; ponía en evidencia la injusticia de las pretensiones ministeriales á la vez que su propia impotencia; declaraba que solo por medio de la justicia podria pacificarse América, y que convenia ante todo que el Parlamento reconociera el derecho inherente á todo inglés de imponerse tributos á sí mismo. Añadía que cualquier otro recurso á que apelara el Parlamento era pueril, que no con facilidad se podia procesar á tres millones de hombres, que además no habia y que pensar en someterlos por la fuerza, atendida la distancia y situacion de los norteamericanos con respecto á la metrópoli.

Burke concluía con una brillante peroracion en que la política mas noble y pura aparece envuelta con el lenguaje mas levantado que apetecerse pueda:

«América puede servirnos de mucho, decía, y sobre todo en la guerra. Pero para poder prestarnos ese servicio, así como cualquier otro relativo á rentas, comercio é impuestos, es menester que nuestra constitucion sea la salvaguardia de los intereses de las colonias. Estoy en espíritu unido á esas provincias con ese cariño que nace de un mismo nombre, de una misma sangre, de unas mismas leyes y de la misma proteccion. Son esos nudos tan poco pesados como el aire, pero tan fuertes como el hierro. Haced que las colonias tengan siempre la idea de que sus derechos civiles están enlazados con vuestro gobierno, y se aficionarán, se *asirán* de vosotros, no habiendo bajo la bóveda del cielo fuerza capaz de sustraerlos de su obediencia á vosotros. Al contrario, el dia en que echen de ver las colonias que una cosa puede ser vuestro gobierno y sus derechos otra cosa, el cimiento desaparece y la cohesion no existirá, y todo caminará á la decadencia y disolucion.

» Mientras seáis suficientemente cuerdos para hacer del Parla-

¹ Lord North.

² Véase este pasaje traducido en la *Historia de la fundacion de los Estados Unidos*, cap. XVII, pág. 281 y siguientes.

mento el santuario de la libertad, el sagrado templo de nuestra fé comun, cualquiera que sea el suelo en que la raza escogida, en que los hijos de Inglaterra adoren la libertad, siempre dirigirán éstos su mirada á vosotros. Quanto mas se multipliquen, tantos mas amigos tendreis; quanto mas ardiente sea su amor á la libertad, tanto mas perfecta será su obediencia.

»La servidumbre, pueden tenerla en todas partes; esa es una planta que germina y crece en cualquier pais. Pueden tambien recibir la servidumbre de España ó de Prusia; pero mientras no hayais perdido el sentimiento de vuestro verdadero interés, de vuestra dignidad natural; de vosotros, solo de vosotros pueden recibir la libertad. De eso únicamente teneis el monopolio, eso es la verdadera Acta de navegacion que os asegura el comercio de las colonias, dándoos por medio de esas la riqueza del mundo. Negad á las colonias alguna de sus libertades, y rompereis de una vez el lazo que desde su origen ha mantenido la solidaridad del imperio, el único lazo que aun hoy puede conservar su unidad.

»No abrigueis la idea raquítica y miserable de que lo que constituye la seguridad de vuestro comercio son vuestros registros, vuestros papeles, vuestro *affidavit*, vuestras licencias, vuestras guias aduaneras, vuestras cartas de pago.

»No creais que esa grande armadura, ese conjunto misterioso se sostenga merced á vuestras circulares, instrucciones y cláusulas suspensivas. No es ese el principal resorte de vuestro gobierno, que aquellos recursos son herramientas inertes, letra muerta. Lo que comunica vida á las colonias es el espíritu inglés, el espíritu de la Constitucion, que inoculado en aquella poderosa masa, penetra, nutre, enlaza, fortalece y anima todas las ramas del imperio, hasta las últimas ramificaciones del mismo.

»Aquí, en Inglaterra, ¿no nos alienta acaso ese mismo espíritu vital? ¿Imagináis que vuestras rentas se deben á la ley de los impuestos? ¿Creéis que el voto anual de un comité organiza vuestro ejército? ¿Acaso el Código militar inspira á vuestros soldados valor y disciplina? No y mil veces no. El amor á la patria, su adhesion al gobierno, su participacion en la elaboracion de nuestras gloriosas instituciones, ved ahí lo que os proporciona ejército y marina, lo que inspira á vuestros soldados esa libre y voluntaria obediencia, sin la cual vuestro ejército no seria mas que un hato de miserables, y vuestra armada un monton de leña podrida.

»Eso, lo sé muy bien, parecerá extraño y quimérico á esa pro-

fana pléyade de políticos vulgares y materiales que no cogen en estos *escaños*, á esas gentes para quienes solo existe lo que es basto y pesado y que por consiguiente, lejos de ser capaces de dirigir el gran movimiento del imperio, no son siquiera á propósito para hacer rodar una sola rueda de la máquina.

»Pero para hombres de Estado, para aquellos que tienen un conocimiento adecuado de las cosas, esos principios primarios, esos principios soberanos que en concepto del vulgo no tienen existencia real, esos principios, digo, son universales, constituyen todo el secreto de una politica levantada.

»En política, la magnanimidad es frecuentemente verdadera sabiduría; un grande imperio y espíritus pusilánimes no pueden ir de concierto juntos.

»Si tuviéramos conciencia de nuestra situacion, si ardiéramos en deseos de desempeñar nuestra mision de una manera honrosa á nuestra posicion y á nosotros mismos, habria que comenzar todas nuestras discusiones con la antigua advertencia de la Iglesia: *Sursum corda*.

»Levantemos nuestros espíritus á la altura de las funciones á que nos llama el orden de la Providencia.

»Considerando la dignidad de esa alta vocacion, nuestros progenitores trasformaron el desierto en un glorioso imperio, hicieron las conquistas mas grandes, las únicas honrosas, no destruyendo, sino multiplicando la riqueza, el número y la prosperidad de la raza humana.

»Conquistemos una renta norteamericana, como en otro tiempo conquistamos un imperio norteamericano. Las libertades, solo las libertades de Inglaterra han hecho de América lo que es en la actualidad, y esas libertades realizarán su futuro y grandioso destino.

»Con una fé completa en esa verdad inmutable pongo hoy la primera piedra al templo de la Paz.

La proposicion de Burke no fué tomada en consideracion, siendo desechada por 270 votos contra 78. Su elocuencia, lo propio que la de Chatham, se estrelló contra la pasion que dominaba á Inglaterra, que á ciegas se encaminaba al abismo, menospreciando como á enemigo á cualquiera que hiciese esfuerzos para detenerla.

Semejantes ejemplos no son raros en la historia; la pasion do-

mina casi siempre, apoderándose de las medianías y del vulgo. La razón, la justicia, la libertad son insultadas, proscritas y menospreciadas. Sin embargo, no desaparecen sus fieles y amantes servidores. Por mas que contra aquellas se desencadenen el poder, la fortuna, la opinion y la popularidad, subsisten siempre y cuentan con fervorosos adoradores.

La razón está en que existe algo mas ameno que la fortuna, algo mas poderoso que el poder y mas halagüeño que la popularidad, á saber: la voz de la conciencia, el amor á la justicia, el amor á la libertad.

La justicia, la libertad son divinidades puras, personajes apacibles, á quienes se ama en el mismo instante en que se las vé, el amor á las cuales no desaparece nunca. Quien ama la libertad únicamente para de ella aprovecharse no la ama, y se replegará al primer encuentro, mas el que la ama por lo que es, no separará jamás su corazón ni sus ojos de aquella celestial belleza.

Ni la pobreza, ni el abandono, ni el olvido, ni la misma persecucion distraen de su entusiasmo por la ciencia á un Galileo: pues bien; ¿es acaso la justicia menos hermosa que la ciencia? ¿es por ventura la libertad menos seductora? No, para honra de todos los grandes siglos, ha habido siempre algunos hombres fieles á ese culto que nunca desaparece. Demóstenes y Cicerón en la antigüedad; Chatham, Burke, Washington, Hamilton, La Fayette, todos estos grandes hombres no han variado nunca, ora admirados, ora ridiculizados segun se acercaba ó alejaba de ellos el oleaje de la opinion.

Pero, defendiendo la libertad, ¿hay solo la austera voluptuosidad que lleva consigo el cumplimiento del deber, de un deber cumplido sin esperanza? No, hay algo mas aun. Hay la conciencia de que se trabaja para el porvenir, de que se enriquece á la humanidad. El porvenir nos hace justicia; pero no está ahí todo, que eso no seria gran cosa: el porvenir nos hereda. Las generaciones futuras se apoderarán de esa riqueza que nuestros contemporáneos desdeñan; pobres á nuestra vez, les legamos la fortuna de nuestras ideas, la única que no corre peligro de ser robada ni enmohecida.

¿En dónde están las *habilidades* de lord North, los denuestos y violencias de los torys? Consigo se las llevó el viento del olvido. Pero Inglaterra ha conservado las palabras de Chatham y de Burke, de cuyo espíritu está aun impregnada. Ese espíritu preside al régimen actual de sus colonias, convencidos como están los ingleses de que

la justicia es la verdadera política. Chatham y Burke son el alma de esa Constitución que defendieron para todos y á despecho de todos.

La fortuna no confía á todos los ciudadanos tan importante misión, que á los mas nos condena á la modestia; sin embargo todos podemos defender la verdad, la justicia, la libertad; todos podemos concurrir á esa construcción inmensa que se levanta con tanto trabajo; esa es nuestra obra. La gloria es para los arquitectos; á los obreros nos toca contribuir con el trabajo corporal. Pero algun orgullo cabe en el obrero, que, empleando el elocuente lenguaje de Burke, puede pregonar que para algo ha sido útil en este mundo, trayendo, á su vez tambien, una piedra para el templo de la Libertad.